

## **CAPÍTULO IV**

### **LA CONTEXTUALIZACIÓN CULTURAL, POLÍTICA Y ECONÓMICA DEL CAFÉ**

Coffee is an ancient commodity that weaves together a mosaic of histories dating back over a millennium and stretching all the way around the world. Its history ranges from the bustling café of sixteenth-century Cairo to the human misery of eighteenth-century Dutch colonial slavery, from the booming growth of Brazil in the nineteenth-century to the modern day coffeehouse imperialism of Starbucks. Much more than the mere chemicals that compose it, coffee is a bit of history itself. (Dicum y Luttinger 1999:ix)

Para adentrarnos en el mundo cafetalero es necesario contextualizar su historia. Culturalmente, el café es una tradición que se comparte en todo el mundo, en algunos lugares y tiempos más que en otros. Lo que para algunos representa una simple bebida placentera en una cómoda cafetería, para otros es el agrio sabor del trabajo pesado en las empinadas parcelas, y para muy pocos simboliza el oro verde del mercado internacional. A pesar de la multiplicidad de representaciones que pudiese tener el café, no deja de ser una mercancía que históricamente ha invocado al “proteccionismo, a la opresión, y a la destrucción” (Dicum y Luttinger 1999:x). La historia política del café es tan antigua como el grano mismo y su pasado se liga con todo tipo de procesos, pasando por el “colonialismo, las revoluciones, el nacimiento de la burguesía, el desarrollo internacional, el crecimiento tecnológico, la amenazante deuda global, y mucho más” (Dicum y Luttinger 1999:x). Son estos procesos los que han moldeado la forma en que ha sido incorporado el grano a las múltiples culturas y economías a las cuales pertenece.

## Origen y antecedentes de una industria mundial

Al hablar de culturas, hablamos de pueblos con historias compartidas, y el café ha sido protagonista en varias de estas alrededor del mundo. Según los datos de la investigación de Dicum y Luttinger (1999:4), en los primeros registros que se tienen (575-850 d.C.), aparece el consumo de café como alimento de los guerreros de la tribu nómada Galla de Etiopía, país originario del aromático. Existen varias leyendas Islámicas que ligan el descubrimiento y los primeros usos del café a sus propiedades estimulantes y medicinales, y los primeros registros escritos (850-922 d.C.) lo mencionan más que como una bebida, como un medicamento. Los viajeros europeos que comienzan a llegar al Medio Oriente a mitad del siglo XVI lo describen en sus diarios como un remedio de un sin fin de enfermedades (Dicum y Luttinger 1999:5).

Siguiendo la historia relatada por los mismos autores, Dicum y Luttinger (1999), durante la Edad Media, la popularidad del café junto con su expansión geográfica crecieron de la mano del Imperio Otomano. Fue tal su importancia entre los Turcos que el grano llegó a ser considerado tan básico como el pan y el agua. De esta cultura se deriva la palabra *café* que viene del árabe *kaveh* (Dicum y Luttinger 1999:6). A mediados del siglo XVI, se comienzan a popularizar los primeros sitios especializados en servir esta bebida, y se les conoce como “escuelas de los cultos” en todo el territorio que cubría desde Constantinopla, hasta el Cairo, pasando por Meca (Dicum y Luttinger 1999:7).

### Un cultivo de ensueño

La bebida arribó al continente europeo en 1650 cuando se inauguró la primera cafetería en Inglaterra, con lo cual comenzaron los intercambios mercantiles de café hacia occidente (Dicum y Luttinger 1999:9). No sólo destacó la importancia comercial del fenómeno de las cafeterías, sino que la sobrepasa su importancia cultural, ya que estos espacios se convirtieron en centros de difusión de un nuevo humanismo europeo en dónde convivían los sectores intelectuales de todos los niveles sociales: los estudiantes de las recién inauguradas universidades, los activistas burgueses, los políticos, los artistas, y los escritores. “Solamente en estos focos era en donde un autor podía entrar en contacto con el pensamiento de su generación” (Dicum y Luttinger 1999:13).

Es así como el ritual del café se institucionalizó y tomó una fuerte presencia en la sociedad europea. Posteriormente, en el siglo XVIII, estos países se encargaron de difundir el cultivo en sus dominios tropicales, extendiéndose desde África del Este y el Medio Oriente, hasta el Sureste Asiático y Latinoamérica (González 2001:195). Al contar con un mercado asegurado en el continente Europeo, el café representó un “cultivo de ensueño” por ser un grano altamente valuado, fácil de transportar y con el potencial de convertirse en un hábito cotidiano entre los consumidores (Dicum y Luttinger 1999:26).

Este sueño también tuvo su parte oscura para aquellos que se encontraban del lado opuesto en la cadena comercial. Lo que parecía una prometedora empresa de ensueño, cuyo mercado no paraba de crecer, expandió prácticas de terror “inhumanamente crueles y rapaces que fueron cicatrizando el paisaje y la gente asociados al cultivo” (Dicum y Luttinger 1999:28). Los pequeños productores se vieron inmersos en la esclavitud, impulsada por un capital agroexportador y deforestador que de manera contrastante y en otras instancias, representaba la fuerza modernizante y económicamente revolucionaria (Bartra 1996:321).

De manera contrastante, en Estados Unidos, el fin del colonialismo y el inicio de un Estado Nación fue lo que llevó a este país a apropiarse del café como ningún otro. Para finales del siglo XIX, el aromático había sido adoptado como bebida nacional en esta nueva nación, respaldado por una infraestructura mercantil que comenzó a intercambiar granos por billetes entre los países productores y las naciones consumidoras. El sustento de esta infraestructura fue la industria de la torrefacción, y lo que permitió que las ganancias aumentaran fueron las innovaciones tecnológicas, la creciente eficiencia en los mecanismos de transporte, y el desarrollo geopolítico que jugó a favor de las relaciones simbióticas entre los Estados Unidos y los principales países productores (Dicum y Luttinger 1999:35).

Después de la Segunda Guerra Mundial, la industria cafetalera pasó por un periodo de auge, mejor conocido como *boom* cafetalero. Esto fue una respuesta a la escasez de los años anteriores y la restauración y aumento de actividades sociales de los ciudadanos europeos y estadounidenses. Pronto se terminaron las reservas de café brasileño y comenzó la especulación en los mercados, con lo cual los precios alcanzaron grandes alzas en el año de 1950. La

demanda creció en todos los sectores, especialmente entre un proletariado al cual se le permitía un *coffee break* (receso para tomar café) (González 2001:202). Debido a la constante demanda, los precios se mantuvieron al alza, favorecidos por las heladas que ocurrieron en Brasil en 1953. Esto dio paso a un periodo de intensa plantación de cafetales en todo el mundo. Estas acciones tuvieron como consecuencia la saturación del mercado mundial, ya que a finales de los 50s todas las nuevas plantaciones comenzaron a dar frutos, y la demanda no creció al mismo ritmo. Los precios se vinieron abajo entre 1956 y 1957, reduciendo las ganancias de las economías exportadoras de café y dañando permanentemente a las economías de los países dependientes de este cultivo. A pesar de devaluación, la oferta no se redujo, y muy por el contrario, en 1960 se llegó a una producción record de más de 78 millones de quintales. Este exceso de producción se mantuvo hasta 1963 (Glick 2002:63).

A lo largo de su desarrollo, la industria cafetalera ha carecido de estabilidad económica y llegó a desestabilizarse aún más con los cambios que ocurrieron en las esferas más altas. El período ilusorio de prosperidad dio pie a que se fuera acumulando el poder en las grandes compañías torrefactoras y comercializadoras que siguen dominando el mercado en la actualidad. Estos grupos de torrefactoras, se convirtieron en corporaciones multinacionales que representarían la lucha constante por el control monopólico y la regulación de un sector que resultó ser capaz de generar ganancias millonarias que se traducen en el poder absoluto sobre diversas industrias mundiales (Dicum y Luttinger 1999:127).

Muy pronto estos grandes emporios se apoderarían de los arreglos comerciales, al igual que de las políticas mundiales del mundo cafetalero, manipulando el juego para beneficio de sus propios intereses y desestabilizando los precios hasta la actualidad. El poder de estas compañías estuvo aliado al del gobierno de Estados Unidos que como primer país consumidor en el mundo, promovía su propia agenda política en los países productores del grano (Dicum y Luttinger 1999:35). Las grandes industrias torrefactoras comenzaron a invertir dinero en proyectos de “desarrollo” para el “Tercer Mundo”, los cuales resultaron ser parte de un sistema de premios a los regímenes corruptos que se vendían al imperio estadounidense. En un momento histórico en dónde no se permitía cuestionar la fé tecnológica, el “desarrollo” arribó a Latinoamérica envuelto

en múltiples mega-proyectos de ingeniería, como fueron las enormes presas y plantas generadoras de energía, así como los ferrocarriles. La industrialización permeó el sistema agrícola con la “Revolución Verde”, que pretendía mejorar el nivel de vida de los países subdesarrollados, pero que tuvo su éxito más bien en la eliminación de miles de años de conocimiento y desarrollo de sistemas locales (Dicum y Luttinger 1999:84). Estos paquetes de “desarrollo” incluían la siembra de café entre otras cosechas, que eran propuestos como un primer paso hacia la incorporación al comercio internacional, que supuestamente inyectaría dinero a las economías nacionales de los países tercermundistas. En realidad, detrás de estos paquetes desarrollistas, se encontraban sistemas totalmente centralizados, antiguos resabios de plantaciones coloniales que lo primero que requerían era su descentralización. Estos cambios en la industria cafetalera, la inestabilidad en los precios y la naturaleza misma del producto sumió a los pequeños productores en un ciclo de altas y bajas profundas que los volvió absolutamente vulnerables a las circunstancias cambiantes del mercado (Glick 2002:65).

#### La llegada del oro verde a México

*Dos aspectos de una misma problemática, luz y sombra de la misma actividad, la producción de café en el área es, simultáneamente, fuente de riqueza y de miseria. (Hernández 2002b:7)*

El café llegó a México en 1795 para convertirse en un cultivo clave después de cien años, tanto en el país, como en Centroamérica y en parte del Caribe. Su cultivo se concentró en el estado de Veracruz, para luego expandirse a los estados sureños de Chiapas y Oaxaca durante el siglo XIX. La historia de la cafecultura mexicana se divide en dos épocas. La primera va desde su introducción a finales del siglo XVIII, hasta los primeros años del porfiriato; y se caracteriza por haber sido una producción limitada y desarrollada en pequeños cultivos destinados principalmente al consumo interno. La segunda etapa comienza en los años setenta del siglo XIX, y la define el aumento en los volúmenes de cosecha que eran cultivados en grandes plantaciones y estaban destinados en su gran mayoría al mercado mundial. La transformación obedeció al crecimiento de demanda internacional, principalmente europea y estadounidense de finales del siglo XIX (Bartra 1996:44).

Atraídos por el período de bonanza internacional que se vivió en 1900, y por las políticas porfiristas que le abrieron las puertas a la inversión extranjera, llegaron a nuestro país grandes empresas alemanas, estadounidenses e inglesas a establecer plantaciones cafetaleras, que al interior funcionaban a base de sistemas esclavizantes, “que se conformaban por mecanismos de explotación directa del trabajo, por formas indirectas de extracción del excedente, relaciones económicas de explotación y formas sociales, políticas e ideológicas de dominación” (Bartra 1996:18).

Para la segunda mitad del siglo XIX entraron en vigor políticas y acciones de expropiación que rompieron “en lo esencial” la unión que existía entre el productor agrícola y su medio de producción, teniendo como consecuencia un “cambio cualitativo” durante este periodo. Aparentemente, el auge cafetalero fue convirtiendo a las comunidades indígenas en “fuerzas productivas del capitalismo agroexportador”, y pasaron a ser meras reproductoras de la mano de obra que se necesitaría en la pizca (Bartra 1996:360-361). Muchos de los campesinos que se empleaban en estas grandes fincas enclavadas en el sureste mexicano tuvieron la oportunidad después de la Revolución de volverse dueños de sus tierras. Sin embargo, estas no resultaron ser las más fértiles ni mucho menos las grandes plantaciones de café. La mayor parte de los latifundios ni siquiera fueron tocados y varios persisten en la actualidad. Los dueños de estas tierras representan únicamente el 8% de los productores nacionales, aunque ganan más del 90% de las ganancias de las ventas de café beneficiado. Los nuevos dueños de los minifundios poco a poco fueron arrastrados a la producción comercial del aromático, atraídos por el ingreso monetario que éste representaba.

### **La formación y deformación del nuevo orden global**

En 1963 se consolidó la Organización Internacional de Café (OIC), que administraría el nuevo Acuerdo Internacional de Café. Esta institución fungió como un organismo global encargado de asignar cuotas, tanto a los países productores como a los consumidores. Todo el intercambio fue regulado desde Londres mediante permisos recolectados por los servicios aduanales de los países importadores y enviados directamente a la Organización. Con esto se pretendía controlar la oferta

mediante la asignación de cuotas ajustadas para mantener un precio acordado entre los países. La mayor o menor participación de cada país en el mercado dictaminaba el poder de voto, por lo que se institucionalizó el dominio de Brasil, Colombia y los Estados Unidos.

Ya para los años 80, comenzaron a resaltar desórdenes en el supuesto nuevo orden global manipulado por la OIC. Los cambios inducidos en la producción de café crearon un excedente mundial que se concentró en países que anteriormente no eran grandes productores, y que de pronto comenzaron a estar insatisfechos con sus cuotas. A finales de esta década, la política estadounidense dio un giro, volcándose hacia el libre mercado y abandonando, junto con los pequeños países productores, a la OIC. La Organización quedó sin pilares, y perdió todo su poder sobre regulaciones de cuotas de importación y exportación. No fue sino hasta una renegociación que ocurrió en 1994 que la OIC se convirtió en un grupo comercial de difusión y promoción, sin incluir entre sus miembros a los Estados Unidos (Dicum y Luttinger 1999:95).

#### La OIC en México y el Instituto Mexicano de Café (1962-1989)

*Por diversas vías, el café, producto agrícola de plantación, cultivado en sus orígenes por grandes agricultores, se convirtió en la región en un producto sembrado en muchos casos por minifundistas, en algunos países, indígenas. Es por ello que una parte sustancial de la producción cafetalera responde a una lógica campesina y, por lo tanto, a pesar de que su destino final es el mercado - y no el autoconsumo- su lógica está marcada por la economía campesina y la persistencia de prácticas agrícolas tradicionales (Hernández 2002b:8).*

Al igual que muchos de los países productores de café, México participó en la Organización Internacional de Café de 1962 a 1989. En la década de los 80s, nuestro país ocupó el cuarto lugar entre los mayores productores del aromático, y el quinto en cuanto a exportaciones. Durante este periodo las tierras cultivadas con el grano aromático aumentaron en un 70% (Porter 2000:113) ya que el estado mexicano intervino desde 1973 a 1989 con subsidios a un tercio de los pequeños productores. Durante la administración de Luis Echeverría (1970-1976) el rol del gobierno hacia el sector cafetalero tuvo que responder a las movilizaciones campesinas de la época. Su solución fue otorgarle más poder al Instituto Mexicano de Café para regular la producción y comercialización, y otorgar financiamiento aparte de la asistencia técnica. Para poder llegar a

ellos, se creó toda una infraestructura constituida por las UEPCs, Unidades Económicas de Producción Campesinas, que eran grupos organizados de pequeños productores que recibían créditos en forma de fertilizantes subsidiados que pagaban con parte de su cosecha. Estos grupos pertenecían de manera directa a la Confederación Nacional Campesina, la CNC, de dónde salía la Federación de Productores de Café. Es precisamente en esta época, desde principios de los 70s pero principalmente durante los 80s, cuando el sector cafetalero nacional vive su mayor auge, gracias a la combinación de diversos factores como los precios internacionales favorables, la depreciación del peso, y los insumos subsidiados. El INMECAFE logró penetrar varios puntos de las cadenas mercantiles que previamente eran controladas por los intermediarios. De esta forma podía ofrecer a los pequeños productores, canales alternativos que les brindaban un poco más de la ganancia del valor agregado a su producción. El Instituto ofrecía créditos para la creación de beneficios húmedos y secos para poder procesar el café, aparte de brindar el servicio en sus grandes instalaciones. Su última función consistía en exportar el café al extranjero (Porter 2000:119-121).

### **La economía global del café y su crisis actual**

*La combinación de una oferta excesiva, un incremento de la producción y una demanda estancada ha dado lugar a un mercado muy desequilibrado que no puede abandonarse a su propio funcionamiento, si se desea que oferta y demanda vuelvan a equilibrarse. El coste humano que ello acarrearía sería inaceptable: el mercado no sugiere soluciones para asegurar el sustento de las familias de los agricultores mientras esperan varios años a que el mercado se arregle (Gresser y Tickell 2002:19).*

El café es parte de la vida de miles de millones de personas alrededor del mundo que lo producen, lo industrializan, lo comercializan, y finalmente lo consumen; es un estilo de vida y la fuente de supervivencia de 20 millones de trabajadores que cada año acumulan más de 6 mil toneladas del grano (Waridel 2002: 31). Más de la mitad de estas toneladas pertenecen a los pequeños productores que en 44 países tropicales y subtropicales viven de la exportación del aromático. En el panorama económico mundial, el café es la segunda mercancía más importante después del petróleo, a nivel de comercio internacional. En pocas palabras, el café es un *gran* negocio (Glick 2002:45), pero la pregunta central es ¿para quién?



## El colapso de la OIC

La economía mundial del café sufrió un colapso drástico cuando se desintegró la Organización Internacional de Café en 1989, como resultado del abandono del Convenio Económico por parte de EE.UU. Hasta esta fecha, su mercado se regía por un sistema de cuotas de exportación que regulaban internamente los gobiernos a través de los Institutos de Café en los países productores. La banda de precios oscilaba entre los \$120 – \$140 dólares las 100 libras, lo cual reflejaba el costo de producción de los cafés arábigos lavados. El resto de los precios para otros tipos de café resultaban rentables (Pérezgrovas y Celis 2002:5). A partir de 1989, los precios se determinan en los dos grandes mercados de Londres y Nueva York, que han alcanzando bajas históricas en los últimos seis años. Los más afectados macroeconómicamente han sido los países dependientes de esta exportación, quienes perdieron millones de dólares en tan sólo unos cuantos meses (Dicum y Luttinger 1999:95).

El colapso se debió a la desregulación de los precios y la entrada en vigor del libre mercado, que no sólo “liberó” al comercio, sino que liberó también procesos de polarización extrema como la diferencia cada vez mayor entre los paupérrimos costos que se le pagan a un productor y las altas ganancias que cobran las compañías transnacionales que venden el café procesado a los consumidores. Aunado a la desaparición de la OIC, los gobiernos nacionales disminuyeron en gran medida su regulación al sector cafetalero volcándose hacia un “libre mercado”. Sin embargo, del otro lado de la cadena, los productores no se encuentran tan “libres” ya que han tenido que suplir muchas de las funciones del procesamiento sin los medios o la infraestructura para cubrirlas, funciones de las cuales anteriormente se ocupaba el Estado.

Sin modos de transporte, con precarias instalaciones de beneficiado, con grandes carencias técnicas y de acceso a los mercados, sin la información suficiente, viviendo en comunidades remotas y frecuentemente incomunicadas, muchos pequeños cultivadores deben aún vender su café en cereza, recibiendo un precio menor por su producto, a coyotes (intermediarios) que fijan el precio (Hernández 2002b:13).

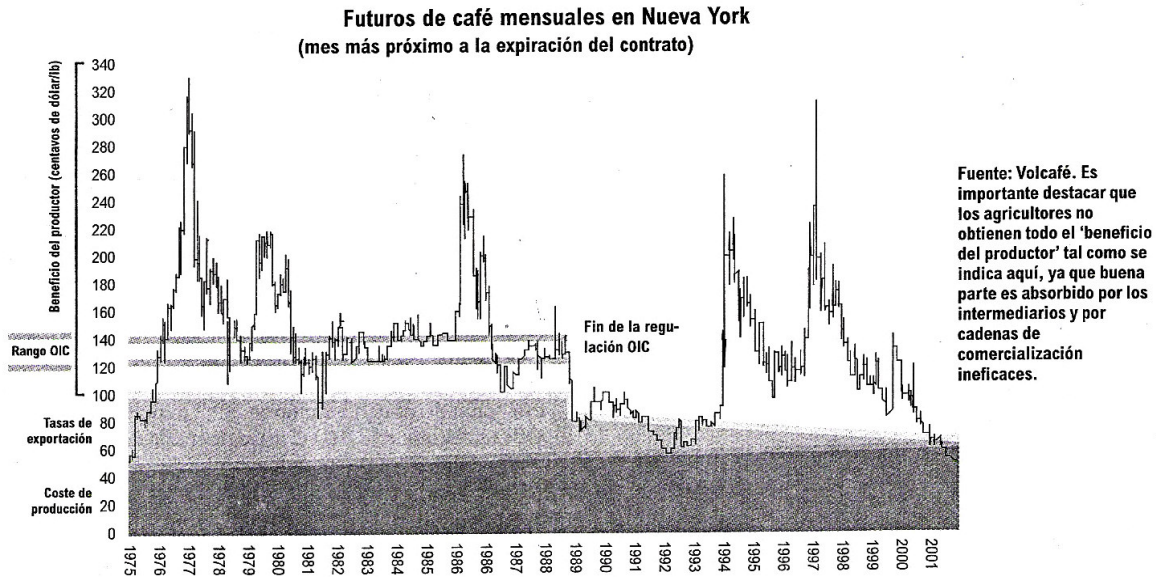


Figura 8: Futuros de Café Mensuales en Nueva York, desde 1975-2001, beneficios de los productores, tasas de producción, costes de producción y señalamiento del fin de la regulación de la OIC. (Gresser y Tickell 2002:17)

Mientras los mercados crecían, bajaban los precios que recibían los productores, incluso por debajo de los costos de producción. A pesar de que los precios al consumidor no se redujeron, durante los 90 se continuaron abriendo nuevos horizontes para la industria cafetalera, sobre todo en Europa. Lo que si se redujo con estos cambios fueron los cafetales en los países cafeticultores que se unieron para formar la Asociación de Países Productores de Café (APPC), que como primera acción intentó reducir sus exportaciones en un 20%. Sin embargo, a pesar de que representan el 80% de la producción mundial, estos países latinoamericanos y africanos, no lograron organizarse ni reunieron los fondos necesarios para dicha acción (Dicum y Luttinger 1999:103). Debido a que la demanda no es afectada con respecto al precio del mercado, el cambio de precios no actúa como un mecanismo que establece el equilibrio entre la oferta y la demanda, y como resultado se tienen carencias y excedentes constantemente en la industria (Glick 2002:16). El crecimiento de 1.5% anual de la demanda no es suficiente para el exceso de producción mundial que crece en un 3.6% anual. Por ende, se tuvo un excedente de 16 millones de sacos según datos de la OIC para el año 2002 (CNOG 2002:1) y 40 millones de sacos según datos de OXFAM (Gresser y Tickell 2002:2,16).

El verdadero control sobre la industria en su totalidad lo tienen algunas naciones como Brasil y EE.UU., junto con las corporaciones multinacionales. La cadena productiva se encuentra en un total desbalance por la desregulación de los mercados que ha tenido entre otros resultados, la polarización de los productores y su producto. “Sin la estabilidad y certidumbre que proporcionaban las cláusulas económicas de la OIC, los cultivadores viven en el peor de los mundos posibles” (Hernández 2002b:10) y mientras que unos cuantos producen café de altura para las mejores mezclas, el resto se encuentra inmerso en una masificación de cafés de muy baja calidad que inunda los mercados.

#### El desarrollo de nuevos actores

En 1994 cayó una fuerte helada en Brasil que disparó los precios tres veces por encima de los niveles de principios de año. Este factor climático hizo que la producción se volviera a expandir en los años siguientes, con un crecimiento pico para 1997, y con nuevos países productores como Laos y Vietnam que cobrarían gran importancia en la industria. Brasil ha sido el líder mundial en la producción cafetalera, e históricamente había sido secundado por Colombia. Sin embargo, en los últimos años, Vietnam se ha colocado como segundo productor a nivel mundial, debido a políticas desarrollistas que subsidió el Banco Mundial, sin medir las consecuencias mundiales de dichos proyectos. En este país se pueden producir cafés robustas con costos menores a los 25 dólares por quintal (CNOOC 2002:5), mientras que con las innovaciones en la mecanización, los métodos de producción intensiva y el abandono de áreas tradicionales propensas a heladas, Brasil ha logrado aumentar sus rendimientos a niveles de productividad nunca antes vistos para producir cafés naturales a costos menores de 40 dólares por quintal (Gresser y Tickell 2002:18). En el otro extremo, los países productores de cafés arábigos lavados se ven presionados, ya que su café tiene costos no menores a los 80 dólares por quintal. En el 2002, el director de la OIC, Néstor Osorio, afirmó que la producción del ciclo 2001-2002 sería una cosecha récord por encima de los 130 millones de sacos, contra 108.2 millones que se esperaba se consumieran (CNOOC 2002:1). La enorme producción de Brasil, hace que cualquier cosa que suceda en este país, afecte de manera directa al resto de los productores en el mundo, ya que se vuelve el factor más importante

de oferta en el comercio internacional (Glick 2002:51). La combinación de productividad muy alta con costos de producción muy bajos hicieron que los precios bajaran hasta 40 dólares las 100 libras, algo que no se había visto anteriormente (Pérezgrovas y Celis 2002:5).

Los productores no pueden actuar inmediatamente para cambiar su producción, pero intentan aumentar los rendimientos de sus plantas existentes, y si no es suficiente, siembran nuevas matas. Esto tiene un efecto tardío en la oferta, ya que los cafetos son una cosecha perenne a la cual le toma varios años dar fruto, y aún más el ser totalmente productivos. Como consecuencia del tiempo y de la inversión financiera que se requiere para cada planta, así como las complicaciones en los ciclos productivos, la elasticidad en el precio de la oferta permanece baja (Glick 2002:52). Esto explica porque una mata sana de café es una inversión a largo plazo, y es difícil que un campesino decida destruirla, especialmente las que acaba de sembrar. Es por esto que la alza en los precios dura solamente pocos años, mientras que los precios bajos pueden persistir por décadas.

Today, the ongoing evolution of modern coffee consumption has become a blizzard of trade associations, branding and advertising, scientific research, marketplace choice, socially responsible coffees, and trendy coffeehouse chains. And, like many hot consumer goods, coffee has transcended its original role and has become, instead, a lifestyle (Dicum y Luttinger 1999:36)

Los conglomerados antiguos de las compañías tostadoras y torrefactoras se convirtieron en las compañías transnacionales que dominan la economía actual y compran casi la mitad del café verde existente en el mercado: Nestlé, Procter y Gamble, Kraft, Sara Lee, y Tchibo. Entre sus dominios se encuentran los mercados más grandes de café, Europa y los Estados Unidos (Gresser y Tickell 2002:25). En 1998, las cinco tostadoras de café norteamericanas más poderosas, propiedades de las anteriormente mencionadas compañías transnacionales, acumularon 6 mil millones de dólares en ventas, mientras que todas las demás tostadoras juntas acumularon un total de 500 millones de dólares (Dicum y Luttinger 1999:48). En todo el mundo se consumen estas marcas globales, que gracias a las masivas campañas de mercadotecnia, han expandido sus productos por todo el planeta y han logrado que la población mundial consuma el café procesado y empaquetado por su industria. Para ilustración se tiene la estadística que se

beben 3.9 tazas por segundo de café instantáneo de Nestlé en el mundo (Gresser y Tickell 2002:6).

### **Situación crítica nacional**

Fueron casi 67 millones de sacos los que se produjeron en América Latina durante el ciclo 2000-2001, el 59% de la producción mundial, lo cual indica que las consecuencias de la caída del precio del café durante los últimos 5 años las sufren principalmente los pequeños productores de América (Pérezgrovas y Celis 2002:1). En México, al igual que el resto de los países de Centroamérica, la importancia económica y social del café es trascendental. Durante los últimos diez años esta industria ha generado 600 millones de dólares al año, siendo de los principales productos agropecuarios de exportación. Son 320 mil productores en nuestro país que se dedican a este cultivo, y más de 3 millones de personas que están involucradas en la industria (Hernández-Navarro 2002:9). Esta situación actual se remota a la construcción de las economías de América Latina que se fundaron sobre la base de la agricultura de exportación, siendo reconocidas como economías “cafetaleras o bananeras”, durante la primera mitad del siglo XX (Pérezgrovas y Celis 2002:2).

En México, el café sigue siendo el primer producto de exportación del sector agrícola, sembrado en una superficie de 560,000 hectáreas. Nuestro país se sitúa en el quinto lugar a nivel mundial con una producción de 7.8 millones de quintales, producidos por los 280,000 campesinos de los cuales 180,000 son indígenas que poseen menos de dos hectáreas. A nivel geográfico son 12 las entidades estatales que sufren hoy en día la crisis cafetalera y que responden a los mayores índices de pobreza y emigración interna e internacional (Pérezgrovas y Celis 2002:3).

El momento histórico que vivimos, lleno de constantes y acelerados cambios ecológicos, requiere de un marco teórico que evalúe los efectos que estos cambios están teniendo dentro de las relaciones socio-económicas y políticas del estado con las comunidades campesinas. Estas relaciones se ven reflejadas como vimos en los capítulos anteriores, en las políticas estatales hacia el agro, pero también en las respuestas que están teniendo las organizaciones independientes de cafecultores. En este proceso se debe rescatar el papel de la cultura y la ideología dentro de los

cambios ambientales y para el caso específico de las cooperativas indígenas productoras de café,  
la relación directa que esto tiene con el desarrollo de los pueblos étnicos.